

VIAJE A TRAVÉS DEL LIBRO DE
EJERCICIOS
DE
UN CURSO DE MILAGROS

DR. KENNETH WAPNICK

Foundation for A Course in Miracles®

Título en inglés:

“Journey through the Workbook of A Course in Miracles”

Copyright © 2015 by

the Foundation for A COURSE IN MIRACLES®

Título en castellano:

Viaje a través del Libro de Ejercicios de Un curso de milagros

Subtítulo

Cuarto volumen: Primera parte — Lecciones de la 121 a la 150

Autor

Dr. Kenneth Wapnick

Traducción

Félix Lascas

Revisión

Miguel Iribarren, Jörns Thiele, Jordi del Rey

Diseño

Félix Lascas

Primera edición

Septiembre 2021

Copyright © 2020

El Grano de Mostaza

Depósito legal B 4170-2021

ISBN 978-84-123388-1-2

EDICIONES EL GRANO DE MOSTAZA, S. L.

Carrer de Balmes, 394 ppal. 1.^a

08022 Barcelona

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

CONTENIDO DE CADA VOLUMEN

VOLUMEN UNO

Prefacios

Agradecimientos

Preludio

Introducción

Nivel uno: la Unidad del Cielo

Nivel uno: la trinidad impía del ego

Nivel dos: el sistema de pensamiento de culpabilidad y ataque de la mente errónea del ego.

Nivel dos: el sistema de pensamiento de perdón de la mente correcta del Espíritu Santo

Introducción al Libro de Ejercicios

Lecciones de la 1 a la 60

Apéndice

VOLUMEN DOS

Lecciones 61-90

VOLUMEN TRES

Lecciones 91-120

VOLUMEN CUATRO

Lecciones 121-150

VOLUMEN CINCO

Lecciones 151-180

VOLUMEN SEIS

Lecciones 181-220

VOLUMEN SIETE

Introducción a la Segunda Parte

Lecciones 221-365

Epílogo

Postludio

CONTENIDOS DE ESTE VOLUMEN

PRIMERA PARTE – LECCIONES DE LA 121 A LA 150

121	El perdón es la llave de la felicidad.	1
122	El perdón me ofrece todo lo que deseo.	23
123	Gracias, Padre, por los dones que me has concedido.	42
124	Que no me olvide de que soy uno con Dios.	51
125	En la quietud recibo hoy la Palabra de Dios.	66
126	Todo lo que doy es a mí mismo a quien se lo doy.	79
127	No hay otro amor que el de Dios.	94
128	El mundo que veo no me ofrece nada que yo desee.	111
129	Más allá de este mundo hay un mundo que deseo.	124
130	Es imposible ver dos mundos.	139
131	Nadie que se proponga alcanzar la verdad puede fracasar.	158
132	Libero al mundo de todo lo que alguna vez pensé que era.	184
133	No le daré valor a lo que no lo tiene.	216
134	Quiero percibir el perdón tal como es.	235
135	Si me defiendo he sido atacado.	268
136	La enfermedad es una defensa contra la verdad.	315
137	Cuando me curo no soy el único que se cura.	349
138	El Cielo es la alternativa por la que me tengo que decidir.	375
139	Aceptaré la Expiación para mí mismo.	404
140	La salvación es lo único que cura.	426

Cuarto repaso	450
---------------	-----

Introducción	450
--------------	-----

ÍNDICE DE REFERENCIAS A UN CURSO DE MILAGROS	463
--	-----

Prefacio del editor

Es para El Grano de Mostaza Ediciones un honor publicar la colección en siete volúmenes de *Viaje a través del Libro de ejercicios de Un curso de milagros*, de Kenneth Wapnick.

Esta es posiblemente la mejor guía que se ha hecho para entender las lecciones del *Libro de Ejercicios* de *Un curso de milagros* en toda su pureza no dual. Kenneth Wapnick fue el abanderado de la interpretación no dual pura del Curso, y estamos muy contentos de publicar la versión en castellano, que permite entender e integrar el contenido de las lecciones. Esta colección en siete volúmenes es un tesoro incomparable para el practicante comprometido de *Un curso de milagros*.

Por otra parte, nos gustaría indicar que, si bien circulan por Internet algunas versiones de esta serie, traducidas por estudiantes interesados en difundir su contenido, queremos dejar claro que esta es la versión oficial, aprobada y validada por el editor original, la Fundación para *Un curso de milagros* de Estados Unidos.

Nuestro plan es publicar un nuevo libro cada pocos meses hasta completar la serie. Una vez que todos estén publicados, la serie estará disponible como tal en nuestra página web.

Hemos añadido el Apéndice en el primer volumen porque consideramos fundamental hacerlo llegar al público en una primera toma de contacto con la serie, pues enmarca todo el trabajo con las lecciones del *Libro de Ejercicios* y le da contexto y contenido, aclarando además muchas dudas y haciendo recomendaciones pertinentes para la mejor lectura y aprovechamiento del material.

Por último, nos gustaría indicar que el propio autor, Kenneth Wapnick, desaconseja utilizar estos volúmenes en la primera ronda de práctica de las lecciones del Curso.

Queremos dar gracias desde aquí a todos los colaboradores que han intervenido en la elaboración de esta obra y a los futuros lectores. Estamos seguros de que atesorarán la luz contenida en estos libros y el amor con que fueron transmitidos por toda la cadena de participantes. También queremos agradecer de manera especial a

la Fundación para *Un curso de milagros* (FACIM, por sus siglas en inglés) la confianza depositada en nosotros.

Es nuestro deseo que la luz contenida en estos volúmenes pueda extenderse a un mundo necesitado. De la mano de Ken Wapnick y con una pequeña dosis de buena voluntad, podemos amigarnos con el trabajo que conllevan las lecciones de *Un curso de milagros*, logrando así una inversión de pensamiento que nos proporcionará paz, amor y, sobre todo, la experiencia de unidad, de que en realidad somos uno.

LECCIÓN 151

Todas las cosas son ecos de la Voz que habla por Dios.

Esta lección destaca dos temas que son vitales para comprender el sistema de pensamiento del ego: el papel del juicio y la importancia del cuerpo. La idea “Todas las cosas son ecos de la Voz que habla por Dios” continúa la afirmación del repaso: “Mi mente alberga sólo lo que pienso con Dios” (L-pI.In.IV). Nuestro temor es que si miramos todo lo que hay en este mundo —el sueño del ego— a través de los ojos del Espíritu Santo, lo veremos de forma distinta: ningún ataque, necesidad o gratificación, sino sólo expresiones de amor o pedidos al amor (T-14.X.7:1-2). Esa visión suscita miedo porque ya no somos especiales o únicos, al haber aprendido que el cuerpo no produce ningún efecto y, por tanto, no es nada. Puesto que no somos individuos separados, todo lo que creíamos sobre nosotros mismos y los demás era erróneo, y abandonamos la creencia en nuestras percepciones al darnos cuenta de que aquí todo refleja el pensamiento de separación de la mente, que se defiende en contra de la verdad de la lección de hoy

(1) Nadie puede juzgar basándose en pruebas parciales. Eso no es juzgar. Es sólo una opinión basada en la ignorancia y en la duda.

La cuestión es que continuamente juzgamos sobre la base de pruebas parciales, por lo que siempre nos equivocamos. Lo que se manifiesta aquí y a lo largo de la primera parte de la lección se amplía en un pasaje del Manual para el maestro que vimos antes (M-10.2-4). En lugar de repetirlo, me limitaré a extraer algunas relevantes afirmaciones.

Es necesario que el maestro de Dios se dé cuenta, no de que no debe juzgar, sino de que no puede. Al renunciar a los juicios, renuncia simplemente a lo que nunca tuvo... Para poder juzgar cualquier cosa correctamente, uno tendría que ser consciente de una gama inconcebiblemente

vasta de cosas pasadas, presentes y por venir. Uno tendría que reconocer de antemano todos los efectos que sus juicios podrían tener sobre todas las personas y sobre todas las cosas que de alguna manera estén involucradas.

(1:4) Su aparente certeza no es más que una capa con la que pretende ocultar la incertidumbre.

Jesús se refiere a la aparente certeza de nuestras percepciones y, más aún, a la aparente certeza de nuestra interpretación de lo que ocurre en el mundo. Mientras estemos tan seguros de tener razón, seguro de que estamos equivocados. Esta insistencia obstinada es la punta de lanza, y refleja la dinámica del ego denominada formación reactiva formulada por primera vez por Freud hace un siglo, que describió cómo las personas actúan lo contrario de lo que creen inconscientemente, y dio un ejemplo extremo pero instructivo en *Pensamientos para el momento de la guerra y la muerte*, escrito en plena Primera Guerra Mundial. Le sigue una afirmación más general de su artículo de 1924 *Inhibición, síntoma y angustia*:

Una prohibición tan poderosa sólo puede dirigirse contra un impulso igualmente poderoso. Lo que ningún alma humana desea no tiene necesidad de prohibición; automáticamente se excluye. El propio énfasis que se pone en el mandamiento “No matarás” hace que tengamos la certeza de que surgimos de una serie interminable de generaciones de asesinos, que llevaban en su sangre el deseo de matar, como, tal vez, nosotros mismos tenemos hoy. (XIV,296).

Tales conflictos de ambivalencia son harto frecuentes, y conocemos otro desenlace típico de ellos. En este, una de las dos mociones en pugna, por regla general la tierna, se refuerza enormemente, mientras que la otra desaparece. Sólo que el carácter desmesurado y compulsivo de la ternura nos revela que esa actitud no es la única presente,

sino que se mantiene en continuo alerta para tener sofocada a su contraria, y nos permite construir un proceso que describimos como represión por *formación reactiva...* (XX,102).

Además, basándose en la visión de Freud, Jung con frecuencia sostuvo que los fanáticos predicadores tapaban su falta de fe; de lo contrario, no afirmarían su propia fe con tanto dogmatismo y tenacidad. Los hijos de Dios en su sano juicio nunca demostrarían tal insistencia en tener razón. Su conciencia de la verdad simplemente *sería*.

El origen de la *incertidumbre* empieza con la decisión que se toma en favor del sistema de pensamiento del ego, porque, como hemos visto antes, esa decisión implica automáticamente dudar de nuestra Identidad:

El ego planteó entonces la primera pregunta que se hizo jamás, pregunta que él nunca podrá contestar. La pregunta: “¿Qué eres?” representó el comienzo de la duda (T-6.IV.2:6-7).

La realidad del Hijo de Dios es espíritu y no tiene nada que ver con el cuerpo. Una vez que elijo la individualidad del ego, niego Quién soy, lo que automáticamente engendra la duda y la incertidumbre. Esto se defiende con la certeza absoluta de que tengo razón. Este autoconcepto, nacido de la duda, nos lo enseñamos a nosotros mismos y a los demás:

Enseñar no hace sino reforzar lo que crees acerca de ti. Su propósito fundamental es aplacar las dudas que albergamos acerca de nosotros mismos. Esto no quiere decir que el ser que estás tratando de proteger sea real. Pero sí quiere decir que el ser que tú consideras real es al que le enseñas (M-in.3:7-10).

(1:5) Necesita una defensa irracional porque es irracional.

El cuerpo y el mundo son las defensas irracionales que nos protegen de la incertidumbre irracional de las mentes. Esta es la segunda línea de defensa que nos “protege” de la primera: el sistema de pensamiento de pecado, culpa y miedo. Una vez que estas defensas se han puesto en marcha nos “olvidamos” que las fabricamos. Así es como nos convertimos en nuestras propias defensas: el cuerpo, hecho para defenderse de la culpa, se convierte en nuestro yo: la culpa irracional que da lugar al cuerpo irracional.

(1:6) Y la defensa parece ser sólida, convincente y estar libre de toda duda, debido a la incertidumbre subyacente.

De nuevo vemos una expresión de la formación reactiva: nuestra incertidumbre y nuestro miedo nos llevan a la arrogante certeza de que conocemos la verdad. Tal presunta arrogancia —*hubris* para los antiguos griegos— se defiende ante el terror interior que indica que no sabemos nada, especialmente del propio yo. Como en nuestras mentes hay tantas dudas, tenemos que inventarnos un mundo que parece tan cierto, y un cuerpo, gobernado por un cerebro, que interpreta la información sensorial del mundo y proclama: “Sí, este mundo no sólo es real, sino que tiene sentido. Y si no tiene sentido para ti, con mi genialidad te lo explicaré. Las personas también lo intentan con *Un Curso de Milagros*, tratan que tenga sentido *desde su punto de vista*, en sí es una defensa contra su propia incertidumbre y duda, protegen a la defensiva y dogmáticamente su certeza recurriendo a afirmaciones erróneas sobre las enseñanzas del Curso.

(2:1-3) No pareces dudar del mundo que ves. No cuestionas realmente lo que te muestran los ojos del cuerpo. Tampoco te preguntas por qué te lo crees, a pesar de que hace mucho tiempo que te diste cuenta de que los sentidos engañan.

Todo el mundo ha tenido la experiencia de darse cuenta de que sus sentidos mienten. Lo aprendimos en el instituto, cuando nos enseñaron en clase de geometría que las líneas paralelas no

se encuentran, aunque nuestra experiencia visual nos diga lo contrario. En el horizonte hemos observado, el aparente lugar de encuentro entre el cielo y el agua, sabiendo que no es así. También están las temerosas experiencias infantiles de creer que los ruidos nocturnos de las hojas que susurran con el viento o las ramas que golpean contra una pared exterior son intrusos amenazantes o incluso monstruos. Esto indica que no se puede confiar en la percepción, y sin embargo mantenemos que nuestros sentidos nos aportan la verdad, aunque como hemos visto, siguiendo los dictados del ego, fueron hechos para mentir :

No permitas que tus ojos se posen en un sueño ni que tus oídos den testimonio de una ilusión. Pues los ojos fueron concebidos para que vieran un mundo que no existe, y los oídos, para que oyese voces insonoras(...) Pues los ojos y los oídos son sentidos sin sentido, y lo único que hacen es informar de lo que ven y de lo que oyen. Mas no son ellos los que ven y oyen, sino tú, quien ensambló cada pieza irregular, cada fragmento absurdo y la más mínima evidencia para que diera testimonio del mundo que deseas (T-28.V.5:3-4,6-7).

(2:4) El que creas lo que lo que los ojos te muestran hasta el último detalle es todavía más extraño si te detienes a pensar con cuánta frecuencia su testimonio ha sido erróneo.

Esto se aplica no sólo a nuestras percepciones físicas, sino a las interpretaciones de las situaciones cuando estábamos tan seguros de tener razón, sólo para darnos cuenta después de que estábamos equivocados. Recordamos de nuevo un pasaje del manual citado anteriormente:

¿Recuerdas cuántas veces pensaste que estabas al tanto de todos los “hechos” que necesitabas para juzgar algo y cuán equivocado estabas? ¿Quién no ha tenido esta experiencia? ¿Tienes idea de cuántas veces pensaste que tenías razón, sin jamás darte cuenta de que estabas equivocado? (M-10.4:1-3)

(2:5) ¿Por qué confías en ellos tan ciegamente?

Esta es la misma pregunta que Jesús nos plantea en el texto:

No le preguntes a ese transeúnte [el ego]: “¿Qué soy?” Él es la única cosa en todo el universo que no lo sabe. No obstante, es a él a quien se lo preguntas y es a su respuesta a la que deseas amoldarte. Este pensamiento torvo y ferozmente arrogante y, sin embargo, tan ínfimo y carente de significado que su pasar a través del universo de la verdad ni siquiera se nota, se vuelve tu guía. A él te diriges para preguntarle el significado del universo. Y a lo único que es ciego en todo el universo vidente de la verdad le preguntas: “¿Cómo debo contemplar al Hijo de Dios?”

¿Se le puede pedir que emita juicios a lo que está desprovisto de todo juicio? 2 Y si ya lo has hecho, ¿creerías la respuesta que te da y te ajustarías a ella como si fuera cierta? (T-20.III.7:5–8:2).

(2:6) ¿No será acaso por la duda subyacente que quieres ocultar con un alarde de certeza?

De nuevo, la respuesta a la pregunta anterior viene con la comprensión del mecanismo de la formación reactiva. Creamos el cuerpo porque cumple la estrategia del ego de preservar nuestra identidad separada fabricandonos desprovistos de mente; es decir, cuerpos que viven en un mundo sin mente. Esto culmina con la absoluta certeza de que la realidad es física y externa. El propósito de esta pseudocerteza es ocultar el terror que acecha en nuestras mentes, una incertidumbre nacida de la elección original de sustituir la Certeza de Dios por la duda del ego.

(3) ¿Cómo ibas a poder juzgar? Tus juicios se basan en el testimonio que te ofrecen los sentidos. No obstante, jamás hubo testimonio más falso que ése. Mas ¿de qué otra manera podrías juzgar al mundo que ves? Tienes una fe ciega en lo que tus ojos y tus

oídos te reportan. Crees que lo que tus dedos tocan es real y que contiene la verdad. Esto es lo que entiendes y lo que consideras más real que el testimonio que da la eterna Voz que habla por Dios Mismo.

A lo largo de *Un curso de milagros* se reitera este importante tema. Jesús no está hablando simbólicamente cuando dice que no somos cuerpos. Lo dice en sentido literal, y lo vuelve a expresar también en la siguiente lección. Confiamos siempre en nuestros cuerpos y cerebros para interpretar lo que creemos que es la realidad y la verdad, y siempre nos equivocamos. La humildad es ir a Jesús y decirle: “Gracias a Dios estoy equivocado y tú tienes razón”.

¿Qué respuesta del Espíritu Santo podría llegar hasta ti, cuando a lo que escuchas es a tu deseo de ser especial, que es lo que pregunta y lo que responde? Tan sólo prestas oídos a su mezquina respuesta, la cual ni siquiera se oye en la melodía que en amorosa alabanza de lo que eres fluye eternamente desde Dios a ti...

Puedes defender tu especialismo, pero nunca oirás la Voz que habla en favor de Dios a su lado (T-24.II.4:3-4; 5:1).

(4:1-3) ¿A eso es a lo que llamas juzgar? Se te ha exhortado en muchas ocasiones a que te abstengas de juzgar, mas no porque se te quiera negar ese derecho, sino porque realmente no puedes juzgar.

Hemos leído ya otros pasajes en los que Jesús enseña sobre nuestra incapacidad para juzgar. Aquí hay otro, del texto:

No juzgues, mas no porque tú seas un miserable pecador, sino porque no puedes (T-25.VIII.13:3).

No debemos juzgar porque sea malo o pecaminoso. *No podemos juzgar.* Nuestros juicios provienen siempre del sistema de pen-

samiento del ego que se basa en la necesidad de mantener la individualidad, demostrando que Dios está equivocado y nosotros tenemos razón. Nunca se puede hacer un juicio válido sobre esa base, puesto que su origen descansa en la ilusión y *las ideas no abandonan su fuente*.

(4:4) Lo único que puedes hacer es creer en los juicios del ego, los cuales son todos falsos.

Como ya hemos visto muchas veces, no somos libres para establecer la realidad, pero sí somos libres dentro del sueño dictar cuál es esa realidad:

La paz es el patrimonio natural del Espíritu. Todo el mundo es libre de rechazar su herencia, pero no de establecer lo que ésta es (T-3.VI.10:1-2).

(4:5) Él [el ego] guía tus sentidos celosamente para probar cuán débil eres, cuán indefenso y temeroso, cuán aprehensivo del justo castigo, cuán ennegrecido por el pecado y cuán miserable por razón de tu culpabilidad.

El sistema de pensamiento del ego se resume en una frase: pecado, culpa y miedo al castigo. El propósito del cuerpo es probar la realidad de esta trinidad impía. No obstante, su realidad no está en mi mente sino en el cuerpo, provocada por personas y agentes externos. Por lo tanto, el sistema de pensamiento del ego es una realidad dentro del sueño del mundo, que no tiene nada que ver con la decisión de mi mente, pues sólo se relaciona con el cuerpo —el mío o el de otro—. Esta frase también implica que el propósito del cuerpo es hacer real el dolor. Piensa en los elaborados mecanismos sensoriales físicos/psicológicos que poseen nuestros cuerpos, y que reflejan su propósito subyacente. El ego hizo que el cuerpo sintiera dolor, y nosotros respondemos interpretándolo como prueba de que el pecado, la culpa y el miedo están vivos y coleando, y que han establecido definitivamente su morada en el cuerpo.

(5:1) El ego te dice que esa cosa de la que te habla y que defendería a toda costa, es lo que tú eres.

En otra parte de *Un curso de milagros* Jesús nos dice que este yo es una parodia o parodia del yo que Dios creó. Recordemos:

... ¿Qué parodia de la Creación de Dios es ésta que ocupa el lugar de tus creaciones? (T-24.VII.1:11).

...Tal es la parodia que se hace de la Creación de Dios (T-24.VII.10:9).

Al creer que el cuerpo es nuestro yo, inconscientemente sentimos culpa por el Ser que creemos haber destruido para sobrevivir. Así, el cuerpo simboliza nuestro pecado, que buscamos desesperadamente proyectar en los demás, lo que hace necesario defendernos de sus ataques pecaminosos contra nosotros. La lección 153 desarrollará este círculo vicioso de *ataque-defensa*.

(5:2-4) Y tú te lo crees sin ninguna sombra de duda. Mas debajo de todo ello yace oculta la duda de que él mismo no cree en lo que con tanta convicción te presenta como la realidad. Es únicamente a sí mismo a quien condena.

Aquí, de nuevo, Jesús desvela nuestra arrogante obstinación en creer que tenemos razón. Sin embargo, por debajo, el dedo culpable apunta a nuestras mentes, donde existen el miedo, la incertidumbre y la duda de los que nos defendemos fabricando un mundo en el que estamos seguros de conocer a los pecadores. Aunque piense que soy el peor de todos, siguen existiendo mis padres u otros actores a los que puedo culpar de mi miserable condición. Así pues, hay una parte en nosotros que sabe realmente que somos unos farsantes —enmascarados por la formación reactiva— y de que todo lo que creemos no es cierto.

(5:5-6:1) Es en sí mismo donde ve culpabilidad. Es su propia desesperación la que ve en ti.

No prestes oídos a su voz.

La petición habitual de Jesús a lo largo de *Un curso de milagros* es que escuchemos su voz en lugar de la del ego:

...Renuncia ahora a ser tu propio maestro... pues no fuiste un buen maestro (T-12.V.8:3; T-28.I.7:1).¹

Sin embargo, antes de poder hacer lo que él dice, primero debo reconocer la voz del ego. Por eso Jesús dedica gran parte de su curso a ayudarnos a entender el sistema defensivo del especia-lismo. No puedo elegir en contra de algo que no sé que está ahí.

(6:2-4) Los testigos que te envía para probar que su maldad es la tuya y que hablan con certeza de lo que no saben, son falsos. Confías ciegamente en ellos porque no quieres compartir las dudas que su amo y señor no puede eliminar por completo. Crees que dudar de sus vasallos es dudar de ti mismo.

Los “vasallos”, los esclavos del ego, son nuestros cuerpos y su experiencia sensorial. No dudamos de ellos porque el ego nos dice que dudar de lo que percibimos en el exterior nos remite a lo que creemos que es real en el interior: la mente de la cual el ego nos ha dicho que es el origen terrorífico del que escapamos”. Recuerda que el pecado, la culpa y el miedo fueron fabricados como el primer nivel de defensa, que nos hace temer a la propia mente. A continuación, fabricamos un mundo, un cuerpo y un cerebro para escondernos de lo que tanto tememos en nuestro interior. Por lo tanto, ponemos nuestra fe en el cuerpo porque nos aterra volver a la mente, y depositamos la fe en lo que creemos verdadero. De este modo, el sentido del yo se desplaza de la mente al cuerpo, y se convierte en el vasallo de este señor de culpa y miedo.

1 (N. del t.) Una traducción más literal del original inglés reza así: ... Renuncia ahora a ser tu propio maestro.... porque te enseñaron mal.

(7:1) Sin embargo, tienes que aprender a dudar de que las pruebas que te presentan puedan despejar el camino que te lleva a reconocerte a ti mismo y dejar que sólo la Voz que habla por Dios sea el único juez de lo que es digno que tú creas.

Para poder aprender de Jesús, necesitamos *Un Curso de Milagros* y saber que solo podemos salvarnos dudando de la evidencia que nuestros sentidos muestran, comprendiendo que no somos un cuerpo y reconociendo que los sistemas de pensamiento del mundo se basan en perpetuar la individualidad y el especialismo del ego. Tenemos que comprender que la salvación es dudar del ego y de su mundo. El ego nos dice que dudar de él significa que seremos destruidos por el horror que reside en la mente, y nos convence de que tan solo podemos utilizar el mundo y el cuerpo para defendernos ante semejante horror.

Para aprender este curso, Jesús dice que se requiere estar dispuesto a cuestionar cada uno de los valores que abrigas (T-24.in.2:1), acudir a él y decir: Mi única fuente de felicidad está en reconocer con humildad que eres el que comprende y tiene razón. Su entendimiento no tiene nada que ver con el del mundo, sino que me ayuda a darme cuenta de que todo aquí consiste en una defensa. Y volviendo al Manual para el maestro, leemos esta invitación para acercarnos al único que puede juzgar por nosotros, acudir a Él (o a Jesús) es el medio exclusivo para alcanzar la paz que deseamos:

...Hay Alguien a tu lado Cuyo juicio es perfecto.
...Abandona, por lo tanto, todo juicio, no con pesar sino con un suspiro de gratitud. Ahora estás libre de una carga tan pesada, que sólo podría haberte hecho tambalear y caer debajo de ella... Ahora el maestro de Dios puede levantarse aliviado y seguir adelante con paso ligero... Su sensación de preocupación ha desaparecido, pues no tiene ninguna razón para ello. La ha abandonado, junto con sus juicios. Se entregó a Aquel en Cuyo juicio ha elegido ahora confiar en lugar del suyo propio (M-10.4:7; 5:1-2,5,7-9).

Por fin nos damos cuenta de la sabiduría de estas palabras, felices y con tanta frecuencia repetidas:

No tienes idea del tremendo alivio y de la profunda paz que resultan de estar con tus hermanos o contigo mismo sin emitir juicios de ninguna clase (T-3.VI.3:1).

(7:2-4) Él [El espíritu Santo] no te dirá que debes juzgar a tu hermano basándote en lo que tus ojos ven en él ni en lo que su boca le dice a tus oídos o en lo que el tacto de tus dedos te informa acerca de él. Él ignora todos esos inútiles testigos, que no hacen sino dar falso testimonio del Hijo de Dios. Solo reconoce lo que Dios ama, y en la santa luz de lo que Él ve todos los sueños del ego con respecto a lo que tú eres se desvanecen ante el esplendor que contempla.

Para poder contemplar ese esplendor en nosotros mismos y en los demás, primero debemos desprendernos de las interferencias que lo impiden. Tenemos que ver nuestra inversión en creer lo que nos dice el ego, y que la realidad no tiene nada que ver con el cuerpo y el cerebro. Ahora buscamos testigos diferentes: símbolos de perdón en lugar de pecado, amor en lugar de odio, curación en lugar de dolor, vida en lugar de muerte:

El Testigo de Dios no ve testigos contra el cuerpo. Tampoco presta atención a los testigos que con otros nombres hablan de manera diferente en favor de la realidad del cuerpo. Él sabe que no es real... Y por cada testigo de la muerte del cuerpo, te envía un testigo de la vida que tienes en Aquel que no conoce la muerte. Cada milagro que trae es un testigo de la irre realidad del cuerpo. Él cura a éste de sus dolores y placeres por igual, pues todos los testigos del pecado son reemplazados por los Suyos... De la misma manera en que el miedo es el testigo de la muerte, el milagro es el testigo de la vida.... Gracias a él los moribundos se recuperan, los muertos resucitan y todo dolor desaparece. Un milagro, no obstante, no habla en nombre propio, sino sólo en Nombre

de lo que representa... El amor, asimismo, tiene símbolos en el mundo del pecado. El milagro perdona porque representa lo que yace más allá del perdón, lo cual es verdad... Y la verdad te será revelada a ti que elegiste dejar que los símbolos del amor ocupasen los del pecado. (T-27.VI.4:1-3,7-9; 5:7,9-10; 6:1-2; 8:6).

Al invocar los testigos del Espíritu Santo y no los del ego, somos capaces de ir más allá de nuestra percepción de las diferencias y de los intereses separados —inherentes a la percepción del cuerpo— a la visión de la unidad y del propósito compartido —inherente a la mente del único Hijo de Dios—.

(8:1) Deja que Él sea el Juez de lo que eres, pues en Su certeza la duda no tiene cabida, ya que descansa en una Certeza tan grande que ante Su faz dudar no tiene sentido.

El Espíritu Santo refleja esa Certeza de Dios. Cuando elegimos en contra de ella, por definición nos volvimos inseguros. Así comenzó la duda, fuente de todo temor. Recordemos este hermoso pasaje que cierra “El Cristo en ti”, expresando la certeza que acaba con nuestra duda:

Antes de que pueda haber conflicto tiene que haber duda. Y toda duda tiene que ser acerca de ti mismo. Cristo no tiene ninguna duda y Su serenidad procede de Su certeza. Él intercambiará todas tus dudas por Su certeza, si aceptas que es Uno contigo y que esa unidad es interminable, intemporal y que está a tu alcance porque tus manos son las Suyas. Él está en ti, sin embargo, camina a tu lado y delante de ti, mostrándote el camino que Él debe seguir para encontrar Su Propia compleción. Su quietud se convierte en tu certeza. ¿Y dónde está la duda una vez que la certeza ha llegado? (T-24.V.9)

Cristo no puede dudar de Sí Mismo. La Voz que habla por Dios tan sólo puede honrarle y deleitarse en Su perfecta y eterna

impecabilidad. Aquel a quien Él ha juzgado no puede sino reírse de la culpa, al no estar ahora dispuesto a seguir jugando con los juguetes del pecado, ni a hacerle caso a los testigos del cuerpo al encontrarse extático ante la santa faz de Cristo.

Cuanto más acudamos al Espíritu Santo en busca de ayuda, menos en serio nos tomaremos este mundo y lo que aquí sucede. Así, reflejando Su Amor, nos volveremos cada vez más amorosos y disponibles para los demás. No significa, como sabemos, que demos la espalda a nuestro sufrimiento o al de los demás, sino simplemente que miramos el sufrimiento de forma diferente, no dando a las defensas del ego el poder de destruir la realidad del amor en nuestra mente. Así, los felices sueños de perdón del Espíritu Santo sustituyen a las pesadillas de culpa y muerte del ego. Y podemos sonreír:

Descansa en el Espíritu Santo y permite que Sus dulces sueños reemplacen a los que soñaste aterrorizado, temiéndole a la muerte. El Espíritu Santo te brinda sueños de perdón, en los que la elección no es entre quién es el asesino y quién la víctima. Los sueños que te ofrece no son de asesinatos ni de muerte. El sueño de culpabilidad está desapareciendo de tu vista, aunque tus ojos están cerrados. Una sonrisa ha venido a iluminar tu rostro durmiente. Duermes apaciblemente ahora, pues éstos son sueños felices (T-27.VII.14:3-8).

(9:1) Así es como Él te juzga.

El Espíritu Santo no ve la ilusión, ni reconoce como verdad lo que hemos hecho real para nosotros mismos: el pensamiento del pecado o el cuerpo. Así recibimos su amoroso juicio:

Santo eres, eterno, libre e íntegro, y te encuentras por siempre en paz en el Corazón de Dios. ¿Dónde está el mundo ahora? a ¿Y dónde el pesar? (M-15.1:11-12)

(9:2-7) Acepta Su palabra con respecto a lo que eres, pues Él da testimonio de la belleza de tu creación y de la Mente Cuyo Pensamiento creó tu realidad. ¿Qué importancia puede tener el cuerpo para Aquel que conoce la Gloria del Padre y la del Hijo? ¿Podría acaso oír los susurros del ego? ¿Qué podría convencerle de que tus pecados son reales? Deja asimismo que sea el Juez de todo lo que parece acontecerte en este mundo. Sus lecciones te permitirán cerrar la brecha entre las ilusiones y la verdad.

Necesitamos la disposición de acudir a Él y decir: Estoy disgustado porque mi especialismo me atrae, pero sé que lo estoy interpretando mal porque veo la fuente de placer y dolor en mi cuerpo, y no por la decisión tomada en mi mente. Por lo tanto, Lo que se manifiesta en este párrafo, es que el Espíritu Santo no se ocupa del cuerpo, ni de lo que creemos que son nuestros problemas aquí. Él existe en la mente y solo ve la mente, estando más allá de las defensas del pecado, la culpa, el miedo y del cuerpo. Por lo tanto, no se deja engañar por las defensas puestas por el ego en los dos niveles que camuflan a la mente. Acudir a Él en busca de ayuda significa que tenemos la pequeña dosis de buena voluntad, para suspender la identificación con el yo físico/psicológico al que ponemos un nombre. Se trata de la misma disposición para dejar que el Espíritu Santo reinterprete el cuerpo y su propósito: comunicación y comunión en lugar de separación y ataque:

Recuerda que para el Espíritu Santo el cuerpo es únicamente un medio de comunicación. Al ser el Espíritu Santo el nexo de comunicación entre Dios y Sus Hijos separados, interpreta todo lo que has hecho a la luz de lo que Él es. El ego separa mediante el cuerpo. El Espíritu Santo llega a otros a través de él. No percibes a tus hermanos tal como el Espíritu Santo lo hace porque no crees que los cuerpos sean únicamente medios para unir mentes, y para unir las con la tuya y con la mía...

Si usas el cuerpo para atacar, se convierte en algo perjudicial para ti. Si lo usas con el solo propósito de llegar

hasta las mentes de aquellos que creen ser cuerpos para enseñarles *a través* del mismo cuerpo que eso no es verdad, entenderás el poder de la mente que reside en ti... Cuando se usa con el propósito de unir se convierte en una hermosa lección de comunión, que tiene valor hasta que la comunión *se consume*... El Espíritu Santo no ve el cuerpo como lo ves tú porque sabe que la única realidad de cualquier cosa es el servicio que le presta a Dios en favor de la función que Él le asigna (T-8.VII.2:1-5; 3:1-2,4,6).

Al unirnos a la reinterpretación del Espíritu Santo del propósito del cuerpo, éste se convierte en el medio para despertar del sueño, el puente entre las ilusiones y la verdad, el medio para recordar nuestra comunión con Cristo, como Cristo.

(10:1) Él eliminará todo vestigio de fe que hayas depositado en el dolor, los desastres, el sufrimiento y la pérdida.

Aquí está implícito que el Espíritu Santo elimina nuestra fe en el dolor y el desastre una vez que le entregamos nuestra participación en ellos. No puede quitárnoslos si aún nos aferramos a ellos. No podemos decirle a Jesús: “Te queremos mucho y nos sentimos disgustados. Por favor, quita el dolor” Si lo amáramos tanto, no elegiríamos el dolor para defendernos de ese amor. Por eso, él quita las defensas cuando se las entregamos.

(10:2-3) Te dará la visión que puede ver más allá de estas sombrías apariencias y contemplar la dulce faz de Cristo en todas ellas. Ya no volverás a dudar de que lo único que te puede acontecer a ti a quien Dios ama, son cosas buenas, pues Él juzgará todos los acontecimientos y te enseñará la única lección que todos ellos encierran.

No se nos pide que neguemos lo que ven los ojos del cuerpo, se *nos pide* que salgamos del sueño y miremos junto con Jesús su contenido. Con él a nuestro lado, por encima del campo de batalla todo se ve diferente, y ahora vemos que el mundo no es

más que un sueño. Lo que creíamos que nos daba la salvación o nos traía el dolor, ahora entendemos que era parte de la misma ilusión. Así es

Y la puerta se abre para que la faz de Cristo refulja sobre aquel que con inocencia pide ver más allá del velo de las viejas ideas y de los conceptos ancestrales que por tanto tiempo abrigó contra la visión de Cristo en ti (T-31.VII.13:7).

Mirando más allá de la apariencia del pecado —“viejas ideas y antiguos conceptos”— contemplamos el reflejo de la verdad del perdón que brilla en nuestros hermanos y en nosotros mismos. Qué hermoso se vuelve entonces el mundo!

(11:1) Seleccionará los elementos en ellos que representan la verdad e ignorará aquellos aspectos que solo reflejan sueños fútiles.

De nuevo, el Espíritu Santo no hace esto mágicamente. Solo juzga por nosotros cuando le invitamos a compartir su percepción del mundo, en lugar de pedirle que comparta la nuestra y luego la arregle por nosotros. Así, no traemos la verdad a la ilusión, sino la ilusión a la verdad, contemplando de forma diferente a nuestros hermanos, como sugiere este precioso pasaje:

Sueña dulcemente con tu hermano inocente, quien se une a ti en santa inocencia. Y el Mismo Señor de los Cielos despertará a Su Hijo bienamado de este sueño. Sueña con la bondad de tu hermano en vez de concentrarte en sus errores. Elige soñar con todas las atenciones que ha tenido contigo, en vez de contar todo el dolor que te ha ocasionado. Perdónale sus ilusiones y dale gracias por toda la ayuda que te ha prestado. Y no desprecies los muchos regalos que te ha hecho sólo porque en tus sueños él no sea perfecto (T-27.VII.15:1-6).